

\*  
\*\*

Hasta ahí el relato de Andrés. Esa aparición le sorprendió tanto, que á partir del día en que la viera, su espíritu pareció perderse, alejándose cada vez más del mundo. Su salud declinaba rápidamente; pero vivía dichoso con su sueño, y con el anhelo, la idea fija de verlo realizado.

No me sentí pues sorprendido cuando pocos meses después de la aventura que acabo de referir me anunciaron la muerte repentina de mi querido compañero. Una hermosa noche de verano, obsesionado sin duda por la misma visión, sentóse en la butaca, cerca de la gran lente ecuatorial enfocada sobre Albireo, y allí lo encontraron por la mañana, creyéndole dormido: pero su cadáver estaba ya helado. Á la derecha había caído un frasquito con ácido cianhídrico, del que una sola gota es bastante para desatar los lazos que unen al alma con su envoltura carnal.

## VIAJE AL CIELO

Esto era en Venecia.

El viejo palacio ducal de los Speranzi abría sus altas ventanas sobre el gran canal: el astro de las noches hacía reverberar en la superficie del agua una estela de argentadas agujitas, y el cielo inmenso se desarrollaba hacia lo lejos, por encima de las cúpulas y de las torres. Cuando los músicos embarcados en las góndolas doblaron el canal, deslizándose hacia el puente de los Suspiros, los últimos ecos de sus canciones se extinguieron en la noche, y hubiérase dicho que Venecia se dormía en aquel profundo silencio desconocido de toda colmena humana, excepto de la reina del Adriático.

Solo el sonido cadencioso del antiguo reloj llegaba á interrumpir aquel silencio veneciano, y tal vez hubiera para mí pasado inadvertida la profundidad del universal mutismo si á percatarme de ella no me hubiese invitado la regular oscilación del aparato destinado á medir el tiempo. ¡Cosa más extraña! aquel ruidillo monótono, alterando el silencio, parecía aumentarlo.

Sentado en el alféizar de la alta ventana, contemplaba el disco resplandeciente de la Luna señoreándose en

el cielo azul pletórico de su pálida claridad, y pensaba en que ese astro de las noches, en la apariencia tan tranquilo, tan sereno, avanza un kilómetro en el espacio á cada uno de los movimientos de la péndola del reloj: y por la primera vez en la vida, este hecho me sorprendió con más fuerza que nunca, tal vez á causa de la soledad que me rodeaba. Mirando ese globo lunar, en el que á simple vista se distinguen bastante bien los antiguos mares y la configuración geográfica, pensaba que tal vez en la actualidad se halla aún habitado por seres de organismo muy diferente del nuestro capaces de vivir en una atmósfera por todo extremo rarificada; pero lo que me chocaba más era esa revolución rápida en torno de la Tierra, á razón de un kilómetro (1017 metros) por cada movimiento de la péndola, de 61 kilómetros por cada minuto, de 3660 por hora, de 87862 por día y de 2400000 por revolución mensual. Con los ojos del espíritu veía á la Luna girando en torno de nosotros del oeste al este y realizando su movimiento en menos de un mes. Y al mismo tiempo, oía por decirlo así el movimiento diurno de la Tierra alrededor de su eje, movimiento que también se verifica de oeste á este y que nos hace creer que es el cielo el que gira en torno á nosotros en sentido inverso de la dirección indicada.

Durante mi abstracción la Luna se había en efecto alejado y descendía al occidente, hacia el campanario de la Chiesa. Vosotros, movimientos terrestres y celestes aún más dulces que los de las góndolas que se deslizan sobre el líquido espejo, que nos lleváis arrastrados en la realidad como si ésta fuera un sueño,

vosotros medís nuestros días y nuestros años, y en tanto que como sombras fugitivas desaparecemos, vosotros permanecéis siempre. Cuando hace ya millones de años la terrestre humanidad esperaba en los limbos de las posibilidades futuras su brote perezoso, tú, Luna silenciosa, esfinge del cielo, brillabas ya sobre las aguas que tus luces plateaban como ahora. Animales fantásticos poblaban los bosques que cubrían los continentes; peces extraños perseguíanse en los líquidos senos; hendían los vampiros las capas atmosféricas; cocodrilos bípedos que parecen ser los antepasados de los de que nos habla la mitología egipcia, se dejaban ver en los claros, á orillas de las lagunas... Más tarde, alumbraste también, oh Luna, el brote de las primeras flores, iluminando al par los nidos de los primeros pájaros: y; cuántas veces tu luz había llegado á disipar las tinieblas de la noche, el día en que por la vez primera osó levantarse hasta ti el pensamiento humano! Tu luz ilumina hoy aquí abajo una humanidad activa, ciudades florecientes, palacios de mármol edificados sobre las ondas. Apenas hace un momento que aquí mismo, á mis pies, á bordo de una góndola, amorosa pareja te invocaba como testigo de juramentos eternos olvidando tal vez que tus fases rápidas imagen son de las variaciones que distinguen á la humana especie. Sí; tú has sido la confidente de innúmeros secretos de amor, de misterios infinitos, y por largo tiempo aún la juventud entusiasta que cree y que espera elevará hasta ti su canto de amor inacabable. Pero llegará un día en que tú, reina silenciosa de la noche, sólo te señorearás de un cementerio de hielo, en que ya no recibirás la luz del Sol, próxima á su

vez á extinguirse; en que aquí en el mundo no quedarán relojes para medir tus horas, ni seres humanos para contarlas...

Tal pensaba yo, iluminado por la intensa claridad de la luna que parecía agigantar las sombras y rellenar los abismos al pie de los palacios emergentes del agua negra. Ese mundo vecino palpita á 384.000 kilómetros de nosotros; hasta él se transporta el pensamiento humano con ligerísimo batir de alas; á una velocidad igual á la de la luz, esa distancia se franquea en un segundo y un tercio. Volé pues, con el pensamiento hasta esa luz de lo alto, olvidándome de Venecia, del Adriático y del mundo, y me sentí arrasado hasta mucho más allá de nuestra atmósfera aérea.

## I

### Á TRESCIENTOS OCHENTA Y CUATRO MIL KILÓMETROS DE LA TIERRA

Parecióme en efecto que me acercaba á la pálida Febea, traspasando súbitamente la cadena inmensa de los Apeninos lunares que separa el *mar de los vapores* del *mar de las lluvias*, no lejos del meridiano central. Fueme dado reconocer, tal como infinitas veces lo había observado en el telescopio, los circos y los cráteres de Arquímedes, de Autolico y de Aristilo, y durante algunos momentos floté por sobre las escarpadas orillas del *mar de la serenidad*. Me pareció encontrar aún la huella de las aguas desaparecidas, y creí ver infinidad de cráteres abiertos mucho antes, sepultados entoncés bajo el fango de un antiguo diluvio. Como los instrumentos de astronomía nos han familiarizado de larga fecha con ese mundo vecino, y nos son conocidos ciertos detalles de la geografía lunar mejor aún que otros muchos de la terrestre, no tardé en acostumbrarme á la contemplación de las maravillas desplegadas ante mis ojos insaciables. Esos circos inmensos, esos cráteres aún abiertos, esas montañas anulares de abruptos peñones, esas crestas salvajes y peladas, esos valles profundos, esas quebra-